



UN CRIMEN

Juan José Gandulla

UN CRIMEN



Primera edición: septiembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan José Gandulla

ISBN: 978-84-10400-26-9

ISBN digital: 978-84-10400-27-6

Depósito legal: M-18499-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres

La preocupación es para siempre
NORA EPHRON, *No me gusta mi cuello*
(del capítulo *La crianza en tres fases*)

Masclètà

—¿Quién es?

—Yo. Abre.

La televisión local acompañaba su espera. La *masclètà*, ya cerca de las dos de la tarde, reventaría en breve. Mientras tanto, antes de que prendiera la mecha, los locutores entrevistaban a un político regional para matar el tiempo. Había preparado botellines de cerveza en el congelador y tenía ya listo el aperitivo: *coca amb tonyina* del horno premiado ese año, uno del barrio del Pla; también jamón del puesto del mercado central que solía frecuentar y una bandeja de quesos variados que vendían en el súper. El sofrito con el arroz, listo para acompañar al caldo, aguardaba en esa paella que compró en Santa Faz, en la que le quedaba muy rico, de dedito, bien gustoso, perfecto para ellos dos solos. Durante la cocción podrían conversar.

Había llamado al timbre con un nudillo y empujó la puerta con la cadera en cuanto ella abrió desde arriba. Se dirigió al ascensor y apretó, esta vez con el codo, el botón de puntos en braille que marcaba quinto A. Ya dentro, se puso los guantes desechables de nitrilo que guardaba en el bolsillo. Dos en cada mano, no se fiaba, podía ser una remesa defectuosa. Miró su reloj. Las 13:59. Escondió los brazos atrás por si al llegar al piso se encontraba con algún vecino inoportuno. No se le podía escapar detalle alguno. Ese día no.

Pulsó la tecla del telefonillo. Giró las dos vueltas de la llave y corrió el pesado *fac* hacia la izquierda. Dejó la puerta entornada

al oír a la belleza exclamar trémula: «*Senyor pirotècnic, pot començar la mascletà*». Se asomó hacia el salón para ver el fuego amarillo, naranja, rojo, morado en plano detalle. Los primeros petardos silbaban rápidos hacia arriba. Otros salían disparados desde el cordel. Entonces él llegó al piso y cerró súbito la puerta. Por la espalda, con un fuerte empujón, la estampó contra los granos de gotelé de la pared. Los setenta años retumbaron frágiles al chocar con el acabado del ladrillo y cayó vencida como el remate de una hoguera. En la calle, los truenos tomaban ritmo en la partitura y elevaban nubes de humo a un cielo que devolvía un confeti chamuscado. Era el día de San Juan. Continuó agarrándola del pelo por detrás para no verle la cara y la golpeó contra el suelo con energía para desfigurar ese rostro que odiaba. La sangre salpicó cálida el rodapié del vestíbulo mientras el terrazo acristalado temblaba en un terremoto de sacudidas constantes. La machacó diez minutos, un ruido ensordecedor, sin indulto. La boca de él, jadeante; la de ella, un despojo inerte, una mueca cubista.

La apoteosis al aire entraba en su recta final cuando pasó al dormitorio. Allí revolvió los cajones del tocador y el joyero rojo, del que se llevó todo el oro. Lo fundiría a alta temperatura, para convertirlo en un lingote fácil de vender y de procedencia irreconocible. Dejó la bisutería y un collar de perlas que le reflejó extraño con esa peluca y barba de varios días. En el salón, repitió el desorden en la alacena antes de salir hasta el ascensor cerrando despacio la puerta.

Presidía el comedor el cuadro de una dama. Un retrato realista de una mujer, con arrugas en la piel, que miraba apacible al frente.

En la plaza de los Luceros, la gente aplaudía a rabiar. La última traca había sido tremenda. Desde los balcones asomaban pañuelos blancos. Agradecido, el maestro pirotécnico saludó al público.

Don Jesús

Empuñaba la lupa por el mango de madera de rosál. Estaba tallado con el motivo de una planta de hojas lánguidas que se enroscaba en la búsqueda del metal dorado que abrigaba la lente de aumento. Acercaba esta a los sellos para apreciar mejor sus particularidades: dentado perfecto, imagen centrada entre los márgenes, filigranas. Aquella tarde, repasaba los primeros años de la monarquía en el Álbum Cultural Torres. Las efigies de los nuevos reyes, por separado con valor facial de tres pesetas, y juntos por valor de doce, conmemoraban la proclamación ante las Cortes el 22 de noviembre. Había enchufado el radiador de aceite en el despacho, al lado de la mesa extensible con patente francesa en la que disfrutaba de la colección y se ponía a escribir, de vez en cuando, algún poema en recuerdo de Isabel. Versos de amor y dolor. Usaba para ello una estilográfica que les regalaron en sus bodas de plata, con los nombres grabados y los anillos cruzados, pero las palabras le abrían la herida y, tras marcar la página con la cinta, cerraba el cuaderno Moleskine después de cada intento.

Una de las láminas del año 1976 albergaba el ejemplar del centenario del teléfono. Graham Bell, con ese invento registrado horas antes que otro competidor, pretendía hacer hablar a los sordomudos, explicaba el pie de página. La estampilla, en su alegoría, mostraba un aparato antiguo, así como otro moderno, rojo claro, de cable en espiral; también una antena parabólica. Don Jesús esperaba la llamada de su hijo. La última fue para pedirle dinero para

su negocio. No podía fallar, era una idea genial, le dijo Alberto. Por supuesto, pasaría a por él para la inauguración. «Hasta los primos vendrán», remarcó. La tirada fue de varios millones. En filatelia, una emisión así anulaba cualquier singularidad, pero su vástago era único. En la parte de abajo, en el centro, observó las letras F. N. M. T., Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, siempre presentes.

Junto a la lámpara, tenía la foto enmarcada del día de su jubilación en el colegio, rodeado de chicos y chicas de primaria, él en medio y atrás una pancarta pintada a mano con letras mayúsculas de colores que decía: «GRACIAS, DON JESÚS». Al alzar la vista del álbum, encontraba las sonrisas de los chavales, de los que recordaba muchos nombres completos al pasar lista, y oía el trajín de los pupitres, las sillas, las prisas. Tanta algarabía en los cursos y ahora todo el silencio en la casa, convertida en un aula vacía, una tutoría sin exámenes que corregir, con nadie.

Pasó las páginas: aduanas, paradores, Juegos Olímpicos, básica de Juan Carlos I, uniformes militares, donantes de sangre. Se detuvo en una serie de bodegones de un pintor olvidado. Mostraban todo tipo de alimentos del clima español. Se deleitó en especial con las frutas. Podía percibir cuál de ellas estaba madura y cuál no. Hasta los golpes, las marcas, el brillo, las sombras, y esas hojas secas de árbol completando la composición, rugosas, quebradizas, oía su crujido al mirarlas. En las aves y los peces descubrió que mostraban ojos de muerte diferentes: unos eran mínimos, imperceptibles, y otros inmensos en esa negrura bien definida ayudada por los relieves del mantel blanco. Todos los lienzos configuraban una serie atemporal, podían ser obras del mañana o del ayer. Movi6 la lente a la izquierda hasta la lechera que aparecía en uno de ellos. Se acordó de sus abuelos, en el pueblo, y él con bigote por la leche hervida después de ser ordeñada. Ahora las canas sobre el labio escondían la alegría. Cerró el volumen, lo colocó en su sitio, se levantó de la silla y apagó el radiador. Cenaría cualquier cosa.

Una cuestión de fe

El sándwich mixto envuelto en la servilleta de papel yacía sobre el plato. En el vaso alto de Coca-Cola, las burbujas saltaban por encima de los dados de hielo, y la rodaja de limón, que había sido apartada, permanecía intacta, como la sección de ruleta en la que nadie jugaba en ese momento. Alberto contemplaba con los ojos reseco las pantallas superiores de la barra. Llevaba toda la tarde en el salón de apuestas: carreras de galgos, de caballos —ni ganador ni colocado, el cinco siempre perdía—, un partido femenino de tenis en el que la jugadora rusa acumuló errores no forzados que dieron al traste con su combinación y, ahora, el encuentro de fútbol de la segunda división francesa que daba comienzo a la noche. Repasó en el móvil la clasificación de los dos equipos —uno de ellos era un histórico venido a menos— con atención a la racha de sus últimos resultados. Fue a la máquina y confirmó el tique con lo más improbable: victoria, diferencia de goles, primer contendiente en anotar, marcador de cada parte... Un envite exagerado que le permitiera acertar en algo a contracorriente. Una inversión, no un gasto. El mercado le devolvería el capital inicial con intereses en un período determinado. Una cuestión de tiempo y fe. Tras imprimir el resguardo, volvió al taburete central de costumbre a acompañar al sándwich. Muchos días cenaba allí, absorto en los verdes de los hipódromos, pistas o estadios de ciudades remotas. Ese lunes, jamón y queso mientras muchachos de arrabales musulmanes correrían detrás de un balón que los sacaba de la miseria, en busca de la fortuna que una temida tríada podía arruinar en cualquier

momento. Alguno de esos chicos de zancada felina llegaría al área para enchufar el balón a la red. Sí, seguro, iba a suceder. Varias veces, además.

En la penumbra del local, los destellos de los monitores de televisión, de las tragaperras —campana, limón, cerezas— y de las apuestas deportivas resaltaban como faros. Luces de Las Vegas en las calles del barrio que cobijaban los viernes cada vez a más jóvenes, algunos llegados directos con la mochila desde la universidad con la esperanza de un golpe de azar que los aparcara en el símbolo del dólar. Entre semana, otros individuos vagaban por las diferentes zonas, acariciándose la cartera del bolsillo y pulsando botones cuadrados, redondos, triangulares, con el índice compulsivo. Muchas noches —excepto el domingo, el día del Señor—, apostado en la puerta con su gorra de béisbol negra con las letras bordadas en blanco de los Yankees, el Colombiano aguardaba a clientes a los que prestar algo de plata para que brillaran sus cadenas. No firmaba documentos ni daba la mano. Ni siquiera entregaba él la cantidad pactada. Tan solo alzaba el cuello para orientar al personal hacia un coche cercano. En ese gesto se veía la cicatriz que le abarcaba la garganta. Un recuerdo de Medellín.

El lavadero de coches

—Que no hable más.

La instrucción del Colombiano fue clara. Con voz rasgada, formuló las cuatro palabras. Aquel tipo acabaría su tiempo esa misma tarde. Había tenido oportunidades de pagar y no lo hizo, eligió su suerte. El destino a veces es caprichoso; otras, inevitable. Juanito recibió la llamada en el gimnasio. El móvil le vibró en el pantalón gris de entrenamiento mientras hacía *press* de banca. Apoyó la barra metálica con los discos de peso en los soportes y escuchó a su jefe. Contestó con un okey y se marchó a la ducha.

Esperó al moroso en el portal de la calle. Le pidió que lo acompañara a casa del patrón a negociar los términos de la prórroga que había solicitado. Pero antes pasarían a lavar el coche. «El jefe es un maniático con estas cosas. Orden y limpieza. No nos podemos presentar con el BMW así. Ya sabes: siempre que llueve aquí, ensucia». Fueron a la estación de servicio enfrente de La Pirámide. En el carril derecho, las indicaciones del suelo, flecha y letras, llevaban al túnel de lavado. Bajó la ventanilla y pagó al empleado el servicio completo. Este guardó el dinero en la riñonera desgastada con el logotipo de la multinacional y, con ostensibles indicaciones de la mano, lo orientó al principio del raíl antes de decir: «Quite el freno de mano, deje el punto muerto y cierre los cristales».

Con el escobón empapado en un producto de limpieza, embadurnó el vehículo con energía. Justo antes que un ligero traqueteo moviera el Serie 3 hacia los primeros chorros de los aspersores verticales a ambos lados. Estos se desplazaron a lo largo del auto

para volver a su punto de partida. Entonces, la guía avanzó el coche a los dispensadores de jabón que cubrieron la carrocería en una densa nube. En esa cándida opacidad, Juanito se volvió hacia el desgraciado. Con la mano izquierda, le fijó la mandíbula y, con la derecha, atenazándole el cráneo desde arriba, giró brusco hacia sí para romperle el cuello. Igual que si desenroscara una cafetera encajada. El chasquido dejó la cabeza suelta, por lo que reclinó algo el asiento para apoyarla. Puso al individuo unas gafas de sol Hawkers polarizadas que guardaba en el reposabrazos. Era una especie de creación artística, su sello. Una *performance* perecedera que le proporcionaba una excitante satisfacción. En ese punto, la espesa nube de jabón sobre el coche ya se había tornado grisácea.

Los cepillos cilíndricos se acercaron para frotar. Los miles de tiras rojas y negras violentaron cada palmo haciendo oscilar al auto. Al acabar, los chorros enjuagaron la aleación para relajarla. Ahí, Juanito visualizó la barra metálica de secado industrial con la inscripción: «No pise el freno», que se aproximó a centímetros para expulsar aire caliente sobre el BMW. Lo hizo a tramos, midiendo la distancia exacta, igual que si bajara cada diente de una cremallera para después avanzar rápido de vuelta con el cierre completo una vez finalizado el proceso.

El empleado del otro lado del túnel pidió que arrancara el motor para salir un poco de la pista. Estacionado ahí, aquel pulverizó las llantas y se afanó en secar los cristales con dos bayetas, una en la diestra y otra en la siniestra. Rodeaba el vehículo para hacer su trabajo. Pasó por el lateral del piloto y después por la otra zona, la de un relajado acompañante. No se detuvo en su aspecto. Estaba centrado en lo suyo. En irse a la hora oportuna.

Juanito todavía tenía faena. Le sobraba un cuerpo. Puso el intermitente y se incorporó a la vía.

Sociedad

Caminó hacia el quiosco de la plaza. El cartel de «Se traspasa» —letras negras sobre fondo blanco— con un número de teléfono destacaba entre las coloridas revistas. De la primera línea, don Jesús cogió un ejemplar de *El País* que pagó con calderilla a la señora. Echaba en falta la continuación porque antes se solía indicar: «Motivo: jubilación», pues un quiosco daba para toda la vida. Pero, aunque había intentado entablar conversación en diferentes ocasiones, aquella era una mujer de pocas palabras. Las vendía en diferentes tipos de papel, pero no las regalaba, ni tan siquiera las cambiaba por un gesto amable que muchas veces se había esforzado él en entregarle. Tantos años comprando el periódico y no sabía ni su nombre. ¿Cómo iba a averiguar el motivo del traspaso? Recordó aquel día en que se presentó educado: «Mi nombre es Jesús, don Jesús me decían mis alumnos». A lo que ella respondió: «Encantada, ¿quiere que se lo reserve a diario?». Lo dejó estupefacto. Los interrogantes quedaron colgados de forma permanente en ese habitáculo de aluminio verde. Porque en otra ocasión —que no fue la última— lo volvió a intentar con otra pregunta más directa: «Mañana no vendré, que tengo cita en el hospital, pero guárdemelo, por favor, para pasado. Le estaré muy agradecido. Por cierto, ¿cuál era su nombre?». A lo que contestó la quiosquera: «Descuide. Yo me lo guardo». Para, acto seguido, poner una sonrisa de Mona Lisa. Aquella persona equivalía a unas casillas de crucigrama. Por más que repasaba horizontales y verticales, no daba con la resolución. También lo intentó en otro momento con el factor sentimental:

«Hoy es el santo de mi mujer, que en paz descanse. Usted, ¿cuándo lo celebra?». Replicando escueta: «El primero de noviembre».

Tras despedirse de la señora, marchó con el diario plegado en su izquierda hasta la terraza de la cafetería habitual. El camarero, nada más verlo, le confirmó: «¿Lo de siempre, don Jesús?», para prepararle el café con leche en vaso de cristal. De forma metódica, abrió el periódico por la trasera para hojear las secciones que más le interesaban, de atrás hacia el inicio, leyendo los titulares. Los apartados principales le atraían menos: Editorial, España, Internacional. También se detenía con atención en las columnas de algunos colaboradores con voz propia. En la segunda vuelta, elegía algo de todo ello mientras removía el azúcar con la cucharilla repetidas veces. Se sentaba de espaldas al sol de otoño y agradecía el calor en la nuca, las páginas abiertas a un lado y el café en la esquina de la mesa. Esa jornada seleccionó la noticia «Las colas del hambre», sobre el aumento de personas que acudían a comedores sociales de asociaciones, Cáritas, parroquias o del Banco de Alimentos. El redactor mezclaba en su texto datos numéricos en progresión con retazos de historias de familias abocadas a hacer una fila en la que recibir una bolsa para poder comer. Giros de guion impensables para muchos ciudadanos que evocaban la posguerra con cartillas de racionamiento y cupones a recortar. En los recesos de la lectura, sorbía el café y se secaba cada vez los labios para que no se le manchara el bigote. Dos mesas más allá, unas amigas, aproximadamente de su quinta, hablaban sin cesar mientras disfrutaban del desayuno. Podía escuchar su conversación, aunque no le interesaba. Coincidió con la de cada día. La más mayor rumiaba una magdalena mojada en Cola Cao. Movía los carrillos pálidos y arrugados como si aquello fuera un bistec.

Charo

Las voluntarias preparaban los bocadillos antes de empezar con el reparto. Después de tantas veces, formaban un coro bien organizado.

—¿Cuántas tortillas has traído hoy?

—Tres —respondió Charo.

—¡Qué bien nos vienen! ¿Has visto la cola que hay? Cada vez más gente. Yo no sé adónde vamos a ir a parar.

—El trabajador social dice que ha hecho diez fichas nuevas. Habrá en total unas noventa personas. Así que no pongáis mucho compañaje, que nos tiene que dar para todos —apuntó otra.

—Ya están abiertos los bocatas. Pon el aceite. Un chorrito solo, por si acaso falta.

—Vale, y vosotras el fiambre. Charo, ¿repartes tú la tortilla?

—Sí, haré triangulitos, como porciones de tarta. Para que cunda.

—Menos mal que haces las tortillas. Que si no...

—No me cuesta nada, me lo veo hecho. Ya sabéis que mi primo me regala las patatas —dijo Charo, quitándose mérito.

—Sí, ya, pero tú compras los huevos de tu bolsillo, haces el trabajo, las traes con el carro calentitas que huele que da gusto. No te quites mérito.

—No tengo nada mejor que hacer. Tú también vienes cargada con todas las barras de pan. Así que no me pongas medallas, que todas curramos lo nuestro. Venga, al lío.

—Cántate una copla, nena, mientras preparamos todo. Tú que tienes buena voz —pidieron a la más joven.

Esta, jubilada meses atrás, se arrancó por una clásica para satisfacer a las compañeras que, en cadena en las mesas de plástico cubiertas de manteles de hule, acababan los bocadillos de salchichón, tortilla o queso —para los musulmanes, cada vez más numerosos—. Envueltos en servilletas, los acompañaban de botellitas de agua o zumo en bolsas individuales. A veces los podían suplementar con piezas de fruta del Banco de Alimentos. Muchos días, se quedaban sin pan y les tocaba acercarse a la panadería cercana. O al supermercado por alguna bandeja de chorizo de último recurso. Ocupaban las horas en el comedor matinal con las obras de misericordia: dar de comer al hambriento y de beber al sediento. Al abrir el local, a media mañana, una a una, pasaban personas, de aquí y de allá, para entregar el número plastificado que les permitía recoger su ración de comida por la ventana corrediza. Cuando el último de la fila se llevaba su bolsa y todo quedaba vacío, recogían, limpiaban los manteles con la bayeta mojada en agua con Fairy y secaban con un paño. Una barría el suelo, otra lo fregaba y una vez a la semana alguien se llevaba los trapos para lavarlos en casa. Antes de cerrar, Charo sacaba de su bolso la lata azul de crema Nivea y se untaba las palmas, los dedos, entre estos y también el dorso de las manos. Le quedaba una suave sensación de bienestar que contrastaba con la aspereza de la puerta al cerrar. Cada vez más dura.

Compro oro

Entró al establecimiento ubicado en el centro. Tenían dos sucursales más, con esos letreros amarillo chillón rotulados en mayúsculas negras, pero el *amigo* trabajaba en esa. Esperaba su tasación una anciana que se apoyaba en un bastón. Cuando el gerente del negocio se llevó la bandeja de fieltro con una gargantilla, unos pendientes y un anillo, Rachid observó cómo la mujer mantenía la dignidad. Le recordaba a su tía lejana, la de Orán, erguida en su curva. La que le pagó el billete del ferri a Europa. Aquella que caminaba un metro detrás de su marido y que el único día que se puso a su altura recibió tantos golpes en las piernas que empezó a usar un cayado de madera de almendro. No dijo nada cuando le entregó el pasaje, tan solo lo miró igual que se mira a un hijo antes de partir, aunque ella era estéril, tanto como la parcela en la que vivía. Lo abrazó y se marchó envuelta en el hiyab. Debajo de la corteza abierta, como la almendra, su tía era firme y costaba quebrarla.

El gerente *amigo* entregó a la anciana un recibo que esta rubricó con una firma declinante con todas las letras, una a una, de su nombre, y dos billetes de veinte euros. Con trazo corto, la mujer salió hacia el Mercadona.

—¡Hola, mi *amigo*!

—Rachid, ¿otra vez por aquí? —respondió el gerente.

—Toma, mi *amigo*. Son de mi país, me los trae mi primo, un regalo para ti —mintió para obsequiarle una bolsa de dátiles.

—¿Me quieres meter en un lío? Cierra el pestillo y muéstrame lo que tienes.

El joven argelino giró el pasador media vuelta y retornó al mostrador.

—Son cosas que me he encontrado en el autobús y en el mercadillo —dijo tras enseñarle varias piezas de oro.

—Ya..., mejor no digas nada. Vente en dos días. 75/25. ¿De acuerdo?

—¡Pero si la última vez fue 60/40!

—Te apliqué una promoción especial que ya caducó. ¿Ves mi perfil? —dijo, girando la cara—. Fíjate bien. No hay tanta gente que mire para otro lado. Ahora, mírame a la cara —exigió, moviendo el índice y el corazón de sus ojos hacia los de Rachid—. ¿Lo pillas? Tú mismo, yo no necesito fundir estas piezas, ¿lo tienes claro?

—Vendré en dos días —respondió el argelino.

—Eso es, buen chico, y vas a tardar en venir por aquí una temporada. No puedo excederme con el azúcar, me lo ha dicho el médico. No puedo comer tantos dátiles, ¿me entiendes? —concluyó para despedirlo.

En la acera, Rachid escondió su pelo ensortijado en la capucha de la sudadera. No paraba de darle vueltas mientras andaba. Algún día, el *amigo* recibiría una lección. Un golpe seco en su cabeza. Igual que a las almendras. Con una piedra. Pero tan fuerte que la rompiera en mil pedazos. Entonces, propinó un puntapié a una china del suelo.